



PEQUEÑA HISTORIA DE LA INMIGRACION RENTERIANA

J. GIL VITORIA

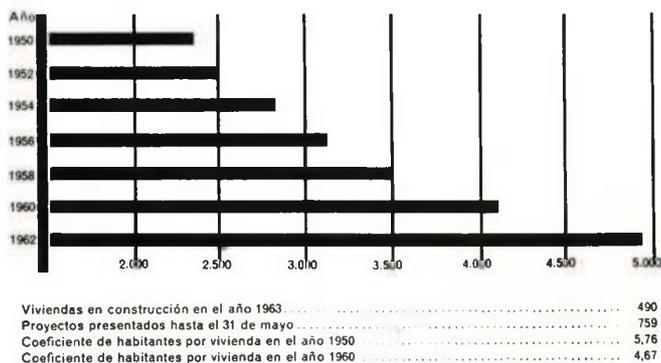
En el principio del siglo XX, en el año 1900, Rentería ocupaba el décimo lugar entre las poblaciones guipuzcoanas, San Sebastián incluida, con 4.081 habitantes, siendo superada por los 41.200 de la capital; los 9.912 de Irún; los 8.111 de Tolosa; los 6.583 de Eibar; los 6.196 de Vergara; los 6.066 de Azpeitia; los 5.795 de Oñate; los 4.345 de Fuenterrabía y los 4.317 de Elgóibar.

A partir de esa fecha, en la que Rentería tenía 13 industrias que podían exponer sus productos con motivo de la muestra que se organizó en 1903 para celebrar la inauguración del grupo que el filántropo mondragonés, D. Pedro de Viteri, había donado a la Villa, y, según dicen algunos, beneficiada por la decisión de los gobiernos español y francés de poner cortapisas a la instalación de industrias a determinada distancia de la frontera, se originó un crecimiento de la población, que a ochenta años vista daba un porcentaje del 120 de

aumento densal, en su mayoría procedente de la inmigración, ya que el vegetativo no alcanza estas cotas, aun en los países más prolíficos, "per se", y si en aquel entonces el mayor índice de inmigración se alcanzó en el período que enmarca el final de la década de los 20 y el principio de los 30, con la construcción y la absorción de mano de obra consiguiente, de "La Papelera del Oarso", consiguen que Rentería en el censo de 1930, con sus 8.973 habitantes, se colocase en quinto lugar de la provincia, tras la capital, Irún, Eibar —que ya había rebasado a Tolosa— y la vieja capital foral guipuzcoana.

Este gráfico en alza experimenta un descenso brusco en el censo del año 1940, por causas obvias, pero se va recuperando paulatinamente, con saltos espectaculares entre los años 1950 y 1960, en los que se pasa de los 12.784 a los 18.642, pero en verdad es en las siguientes décadas, en las del 1960 al 1970, y de éste al 1980, donde se produce el

Número de viviendas construidas



incremento desmesurado de población, que haría alcanzar a la antigua sede del concejo del Valle, a Orereta, en la meta de alrededor del medio centenar de miles de habitantes, cuando diez años antes se había situado —y hablo de censos oficiales— en los 34.369, que le situaba en cuarto lugar, capital incluida, para desbançar a Eibar muy pocos años después.

Empero, si en un principio el crecimiento fue de acuerdo con la expansión industrial, con una elevada tasa de absorción de elementos foráneos, a partir aproximadamente del año 1960 se produce el fenómeno adverso, al señalarse el cénit de la potencialidad industrial, iniciándose el declive, ya que la falta de lugares idóneos donde establecerse ahuyenta nuevas instalaciones, por lo que han de buscar acomodo en otras latitudes, en tanto que la desmesurada especulación del suelo hace que en un período récord pase de ser una población eminentemente industrial, cuando antes sus servidores habían de residir fuera de la Villa, a una ciudad dormitorio, en contra de todas las previsiones, de acuerdo con una política un tanto extraña de impedir, por las causas que fueren, la expansión o desarrollo armónico de la industria, primero, y forzando su

erradicación, después, como posteriormente se ha podido apreciar, conjugando necesidades y sistemas con la mejora del hábitat, ello es indudable, pero denotando, asimismo, una falta de previsión para la planificación de un futuro que ha llegado casi sorprendiéndonos a todos y rompiendo todos los lugares comunes que tenían vigencia cuando a la Rentería de no hace tantos años, nos referíamos o se referían, y que no hace falta recordarlos.

Y antes que el primer período clave de este crecimiento inmigratorio de los años 30, mucho antes, y sin la espectacularidad que entrañaba la afluencia constante e ininterrumpida de entonces, allá en los años de la pre y post guerra europea, funcionó la fábrica de yute, y a su extinción, un industrial vinculado a la misma, D. Bonifacio Ecenarro, que fue uno de los adelantados en la industrialización de la fabricación de alpargatas, y como a la sazón la Casa Illarramendi no había solucionado los problemas del cosido en sus máquinas de suelas el acabado del talón y la puntera, motivó la precisión de auténticos artesanos, que fueron bastantes los importados, a partir de los años 1911 y 1920, y bastante más tarde, aunque no mucho, veíamos en las Casas Nuevas la habilidad de los Alejandro Gracia, creador de un familia conocida y apreciada en la Villa, de José Moreno, en quien concurre igual circunstancia, que trabajaba al alimón en un bajo de la calle Zamalbi-de, con Valero Ortega, un soriano culto, con su legendaria pierna de palo, como los héroes de Stevenson, cuya influencia nos hacía soñar con imposibles hazañas de un hombre pacífico, que nada tenía de común con los "hombres del ron". Fite-ranos los dos primeros, como otro que conocimos, Marcelino González, llamado "El moñoño", no sabemos por qué.

Y ellos, con las capelladoras, constituyeron otra avanzada de esa inmigración, que dejó semilla para que, al adaptarse todos, se sintieran solidarios con este Rentería que a muchos los vio nacer y a todos les dio cobijo, haciéndoles suyos incondicionalmente. Y no quisiera terminar sin hacer mención a la familia Ruiz, que fue la primera en llegar a efectuar sus trabajos alpargateros.